

◆ Educación popular y cooperación al desarrollo ante el siglo XXI

Oscar Jara Holliday

INTRODUCCIÓN

Asistimos, desde la particular riqueza del contexto de nuestra América Latina, a la apertura de una nueva época de la historia. Por eso, es preciso rescatar las enseñanzas acumuladas con el paso del tiempo, para poder construir un horizonte de futuro.

Los pueblos latinoamericanos, pretendidamente destinados por el contexto contemporáneo a tener como horizonte estratégico el sobrevivir y como paradigma la resignación, tenemos hoy la exigencia histórica de negarnos vitalmente a tales designios. Diseñar una perspectiva de futuro, como pueblos y como personas, supone la disposición a enfrentar un abanico de desafíos que abarca desde la elemental subsistencia, hasta la afirmación ética. Una disposición a saciar todas nuestras hambres, satisfacer todas nuestras necesidades: las materiales y las espirituales, las individuales y las colectivas, las básicas y las radicales.

CENTROAMÉRICA: DESAFÍOS Y APUESTAS PARA EL FUTURO

La región centroamericana, que en la década pasada constituyó uno de los principales focos de atención mundial, debido a la gravedad de la crisis que atravesaba, parece hoy haber desaparecido del escenario de las preocupaciones internacionales y de la presencia en los medios de información. Se pretende dar la impresión de que el conflicto ha quedado resuelto y que los países del istmo se enrumban hacia un futuro de paz, estabilidad y prosperidad. Tal imagen es profundamente equivocada.

La necesidad de cambio estructural sigue vigente

Las causas económicas y políticas de la crisis que desembocó en los conflictos armados, no han sido resueltas con el proceso de distensión militar y la realización de elecciones en todos los países. Las políticas de ajuste estructural han producido

un mayor deterioro aún en las condiciones de vida. Si en 1980 dos terceras partes de la población centroamericana no podía satisfacer sus necesidades elementales, hoy cerca del 75 % de los centroamericanos subsisten en situación de extrema pobreza. Hoy, continúa vigente la aspiración por realizar profundos cambios en una estructura económica dependiente y generadora de hondas desigualdades y en una estructura política marcada por la exclusión de las mayorías.

La guerra en Centroamérica dejó profundas huellas

El factor de confrontación militar y el peligro de una guerra regional a gran escala, ya no son los dominantes en la dinámica de nuestra región. Sin embargo, la década pasada dejó profundas huellas en la conciencia, el modo de vida, la identidad, esperanzas y temores de la población; miles de viudas, huérfanos y mutilados, millones de refugiados y desplazados. "Retorno", "reconstrucción", "reconciliación", son palabras que se pronuncian todavía con incertidumbre. Una buena cuota de la capacidad decisoria en varios países centroamericanos reside aún en las fuerzas militares. Edificar la confianza, el sentido de ciudadanía, pasando de una lógica de confrontación a una de diálogo y negociación, supone superar aún muchas trabas reales e ideológicas.

Aumento de las aspiraciones y expectativas democráticas

El discurso democratizante y las políticas económicas de los gobiernos, han incrementado las irresueltas aspiraciones democráticas y las demandas sociales.

La opción neoliberal de "estabilizar" los indicadores macroeconómicos a costa del recorte sustantivo de los gastos en programas sociales, ha implicado un deterioro progresivo de la calidad de vida. Las políticas de compensación destinadas a "aliviar" el impacto de estas medidas en la franja más pauperizada de la población, no van a detener la creciente presión por empleo, salud, vivienda, alimentación y educación.

Las estructuras políticas tradicionales, por su lado, han demostrado ser inadecuadas e insuficientes para canalizar las aspiraciones de participación ciudadana. Se requiere una nueva forma de pensar y de hacer la política: en los espacios comunitarios y municipales, y en las estructuras institucionales, nacionales e intrarregionales.

El modelo neoliberal es en esencia antidemocrático, en la medida que se basa en la acumulación privada y la competencia aniquiladora del otro, para desarrollarse. No existe sin desigualdad. Pero, para imponerse en nuestra región, utiliza las formalidades democráticas que le pueden garantizar las condiciones que requiere. Democracia, en su sentido pleno, es la antítesis de la propuesta neoliberal.

En esta confrontación básica, se enfrentan las políticas neoliberales con los procesos de democratización, de activación y fortalecimiento de la sociedad civil. Afirmamos estar del lado de la participación creciente y crítica de los ciudadanos y de sus organizaciones, en el diseño, ejercicio y control del poder, frente al raquitismo democrático que se desprende o se condiciona desde las propuestas y políticas neoliberales.

Este es un momento de confrontación de viejas y nuevas concepciones, de recreación teórica y práctica, con el afán de ir construyendo la sociedad a partir de la identificación y la resolución de los problemas reales de la sociedad y de los sujetos sociales.

El dilema: ¿Libre comercio o proyecto regional?

En lo económico, el surgimiento del mercado transnacional o total, tiene indudables repercusiones sobre economías o mercados como los nuestros, débilmente articulados en esa dinámica. Así, la deuda externa y el "ajuste" de nuestras economías a esa lógica chocan contra los intereses democráticos, el bienestar de las mayorías y los intereses nacionales. Estas tendencias nos están, literalmente, "arrojando" al mercado externo. Así, estamos pasando del proteccionismo, al libre comercio; de la sustitución de importaciones a la promoción de exportaciones; del concepto de autoabastecimiento y garantías económico-sociales, a una sumisa y conformista aceptación de la incompetencia en calidad y precio de nuestros productos, buscando ser más "eficientes", en una perspectiva estrictamente mercantil que deja de lado el sentido social de satisfacción de las necesidades humanas de nuestros propios pueblos.

Luego del fracasado intento de integración regional de la década de los cincuenta, con el Mercado Común Centroamericano, y el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, la región centroamericana no ha logrado esbozar un proyecto de integración viable. Los recientes cambios geopolíticos y tecnológicos en el contexto internacional han colocado en situación de mayor vulnerabilidad a esta región de pequeños países con economías poco relevantes para la lógica de globalización impuesta desde los países industrializados.

En la actual polarización Norte-Sur, la opción de insertarse en la lógica predominante en la economía mundial, ha significado una mayor dependencia y sumisión a un orden internacional que se nos impone desde fuera, acentuándose nuestra pertenencia marginal al bloque hegemónico por los Estados Unidos, borrando del horizonte las expectativas de mayor soberanía, seguridad alimentaria y salvaguarda de equilibrio ecológico en la región. Esta dinámica acentúa la pérdida de nuestra identidad y de nuestras raíces históricas, y nos mantiene respondiendo a los vaivenes de lo inmediato sin medir las consecuencias para el futuro, con lo que se hipotecan aún más nuestras posibilidades de pensar en un desarrollo sustentable.

Urge reconstruir el sentido de regionalidad, pero desde una nueva perspectiva: las necesidades, intereses y expectativas comunes de los pueblos centroamericanos, afectados igualmente por las mismas políticas y con las mismas aspiraciones fundamentales. Se requiere construir una propuesta no sólo de integración económica, sino de integración social, política y cultural.

El nuevo contexto abre nuevas posibilidades

Estamos ante una nueva etapa de la historia de la humanidad, en la que las opciones son más globales y decisivas para el futuro del planeta. Los pueblos

centroamericanos no somos ajenos a esos desafíos globales. No podemos pensar ya en alternativas puramente nacionales. Es preciso incidir en las tendencias mundiales que llevan a una polarización creciente que podría manifestarse en un incremento de la vida sin sentido en el Norte y de la muerte sin sentido en el Sur. El mercado no es nuestra única apuesta, el modelo neoliberal pretendidamente todopoderoso muestra sus fisuras y la historia no ha tocado a su fin. Los paradigmas totalizadores se han derrumbado; es innegable que ello ha producido una crisis de identidad, de proyecto y de estructuras. Sin embargo, esta crisis puede constituirse en una excepcional oportunidad para la creación de lo nuevo desde afirmaciones éticas que no han perdido sentido utópico. La miseria material no ha agotado las reservas morales acumuladas por siglos de resistencia y despliegue de la imaginación colectiva en los pueblos latinoamericanos. Es desde esa vitalidad creadora que podemos encontrar respuestas y propuestas que se constituyan en la base de construcción de alternativas.

Paralelamente a la crisis y la corrupción en las estructuras políticas tradicionales, surgen nuevos actores sociales y políticos. Ante la reducción de las responsabilidades del Estado, surgen iniciativas de autogestión popular. Los gobiernos locales y el municipio surgen como potenciales agentes de desarrollo. A la par de las iniciativas empresariales de carácter regional, surgen también propuestas e instancias regionales de campesinos y sindicalistas. Los procesos electorales tanto dan oportunidad a reeditar el clientelismo político y la cooptación tradicionales, como a abrir espacios inéditos de participación y debate. El discurso democratizador permite enfrentar con nuevos argumentos y consensos las violaciones a los derechos humanos. La apertura de fronteras comerciales abre también un nuevo flujo de relaciones entre los pueblos centroamericanos y no sólo entre los hombres de negocios.

Algunos desafíos

En este marco, podemos identificar, brevemente, algunos de los principales desafíos que se nos presentan, de cara a construir alternativas de democracia y desarrollo para nuestra región.

- 1 Construir un pensamiento propio, desde nuestra realidad, pero asumiendo los retos globales. Recrear los marcos de interpretación teórica, con vistas no sólo a interpretar lo que sucede, sino a ubicar las tendencias hacia el futuro, los nuevos escenarios en los que debemos actuar.
- 2 Activar nuevas formas de relación entre la sociedad civil y el Estado. Diversificar, descentralizar y multiplicar la gestión económica y social. Fortalecer la capacidad de participación, presión y control por parte de los sectores populares. Ello debe incidir en una mayor racionalidad y eficiencia estatal al servicio de las mayorías.
- 3 Intercomunicar y sistematizar las experiencias locales y sectoriales, con vistas a encontrar formas de articulación y proyección más amplias que incidan en la definición de las políticas públicas.

- 4 Recrear las formas de pensar y hacer la política, incorporando la diversidad de sujetos y actores. Reconstituir las estructuras organizativas y los métodos de conducción, incorporando los problemas cotidianos de subsistencia. Incentivar y canalizar la participación ciudadana, fortaleciendo los gobiernos locales, ejercitando nuevos mecanismos de opinión y decisión que contribuyan a romper con el clientelismo, la cooptación y la corrupción en el ejercicio del poder. Pasar de una lógica basada puramente en la confrontación, la protesta y la demanda a una lógica que incluya lo propositivo, el diálogo, la negociación.
- 5 Afirmar una concepción del mundo y de la vida basada en las personas y fundada en valores y principios éticos irrenunciables: la solidaridad frente a la competencia, la dignidad ante la sumisión, la igualdad en las relaciones de género y etnia frente al machismo y el racismo, la creatividad frente al anonimato y la masificación; la justa aspiración al bienestar y mejoría de la calidad de vida frente al criterio unilateral y distorsionante del mercado como regulador de las relaciones humanas; la preocupación por el equilibrio ecológico y el futuro de la humanidad frente al inmediatismo que destruye el medio ambiente para aprovechar ocasionales ventajas comparativas.
- 6 Construir un nuevo sentido de regionalidad, desde los factores que nos unifican como pueblos con raíces e identidad comunes, reforzando una visión latinoamericanista que se enriquezca con mecanismos y propuestas de integración sub-regionales. Que no anule las identidades particulares o nacionales, sino las asuma como parte integrante de nuestra identidad compartida.
- 7 Buscar e incidir en la democratización de las relaciones internacionales, con propuestas regionales, que permitan negociar en mejores términos nuestra vinculación al contexto mundial, basándose en una concepción integral de desarrollo que pone su énfasis en desarrollar las capacidades humanas y la interdependencia equitativa entre las naciones. La exigencia de que aportemos a la construcción de otro tipo de poder, una nueva forma de pensar y hacer la política.

Es muy conocida la afirmación que dice que los procesos de educación popular son procesos político-pedagógicos ó pedagógico-políticos, entendidos estos dos factores como partes de un único proceso: es decir, procesos en que se busca la formación de las personas de los sectores populares, como sujetos críticos y creadores, capacitados para comprender, proponer y actuar en todos los campos de la vida económica, social, política y cultural. Procesos en los que se construye un protagonismo popular.

Sin embargo, hay precisiones y autocríticas importantes que hay que hacerles a esa afirmación. Por ejemplo, que antes se entendió muchas veces esa intencionalidad política como una mera "transmisión de ideología" o como un aporte a la "toma del poder" de la administración del Estado. Se entendía que el Estado era el único o

el principal constructor de sociedad y que, por tanto, logrando acceder a su administración, se podría cambiar la sociedad.

Hoy necesitamos recalcar en las múltiples formas de manifestación y ejercicio del poder; insistir en que se debe construir una nueva sociedad y nuevas relaciones sociales, fundamentalmente desde la sociedad civil y que es preciso fomentar un encuentro entre ésta y la sociedad política, para que la representación, la gobernabilidad, la dinámica de cambios en el Estado esté alimentada por la dinámica viva de los procesos y los sujetos sociales.

Se trata, por tanto, no sólo de buscar cómo acceder al poder formal, ni de acceder a él de otra manera, sino de construir otro tipo de poder, un poder construido y ejercido con otra lógica y otros valores.

- El poder asumido como servicio.
- El poder entendido como responsabilidad asignada sobre la cual se debe rendir cuentas.
- El poder entendido como ejercicio compartido y no como algo que se debe concentrar.

Esto implicará darle otro sentido a la representación política y a la relación entre gobernantes y población.

Aquí es donde surge la exigencia para nosotros, educadores y educadoras populares, de aportar con nuestro trabajo, nuestro pensamiento y nuestro ejemplo a construir un sentido ético y político nuevo, que permita generar otras relaciones entre las personas y otras relaciones entre los grupos sociales y las fuerzas políticas. Relaciones basadas en valores como la solidaridad, la esperanza, la indignación ante lo injusto; la credibilidad en el otro y la autovaloración de uno mismo; recrear nuestras identidades individuales y sociales. Los procesos de educación popular están llamados a formar nuestra subjetividad para construir un nuevo proyecto histórico.

Realizar un proyecto histórico popular, alternativo, supone formar a los sujetos que van a crear las alternativas, que las van a inventar, que las van a poner en práctica, que van a pelear por ellas, que van a creer en ellas.

Por eso, los educadores populares estamos llamados a aportar al fortalecimiento y la renovación de todos los espacios de acción, organización y representación social y política. Aportar para que exista una participación popular y democrática efectiva: crítica, afirmativa y creadora.

Mucho se habla hoy de la "participación"; nosotros tenemos que impulsar la "P" de "Participación", relacionándola con otras tres "P": Participación, para generar *Propuestas*, que permitan ejercer *Presión* por parte de la gente, y así incidir en la definición de las *Políticas*.

Así, los educadores populares debemos aportar para construir otro tipo de poder: que se ejerza desde la ciudadanía, desde los espacios locales, desde una nueva

forma de militar en una organización social, partido o movimiento político, desde una forma distinta de gobierno. Un tipo distinto de poder que apunte a la constitución de una cultura política democrática. Por eso, los educadores populares estamos llamados a dar nuestro aporte de formación para la radicalización de la democracia y de las relaciones democráticas. Para ir haciendo realidad -desde ahora- un proyecto democrático de sociedad que responda a los intereses de las mayorías, a los intereses populares.

Implicará también poner particular atención a esa antigua tensión dialéctica que se renueva históricamente: la tensión entre las necesidades y las capacidades. Cuando hablamos de necesidades estamos refiriéndonos a todo tipo de necesidades humanas, tanto a las necesidades básicas, como alimentación, vestido, vivienda, etc., como a las necesidades radicales, en el sentido como las entiende Agnes Heller, es decir, de felicidad, de desarrollo pleno de la personalidad, de disfrute de las relaciones con los demás, del ejercicio de la libertad de crear, etc. Y cuando nos referimos a capacidades, estamos haciendo referencia a aquellos factores, tanto teóricos como prácticos, que permiten satisfacer esas necesidades: capacidad de comprensión, de diálogo, de propuesta, de negociación, decisión o gestión.

En esta tensión dialéctica, se sitúa claramente la exigencia de que demos un aporte cualitativamente mayor a las experiencias de educación popular: que sean procesos de formación de esas capacidades en las personas. De ahí la importancia de ir más allá de ser simplemente proyectos educativos para convertirse en procesos de formación. Los proyectos son limitados, se agotan. Los procesos deben ser permanentes, generar capacidades autónomas, que se renuevan constantemente ante nuevas circunstancias.

Construir y apropiarse de un nuevo conocimiento

Los educadores populares tenemos la exigencia de organizar y conducir procesos en los que la gente produzca, construya y se apropie de nuevos conocimientos. Procesos en los que se genere la capacidad de conceptualizar y no sólo se aprendan conceptos. Cuando uno hace el proceso de construir un conocimiento a partir de la práctica y conceptualiza, en realidad no sólo "entiende" las situaciones, sino que les da sentido. Por tanto, surge la necesidad de buscarle coherencia en la práctica. La conceptualización no es sólo un ejercicio intelectual, es un impulso a la coherencia práctica.

La producción colectiva de conocimientos permite formar concepciones colectivas, convicciones y utopías que se confrontan con lo que sucede. La dimensión pedagógica de producir, construir y apropiarse de conocimientos, no es una gimnasia mental, es un ejercicio de cuestionamiento de la práctica con vistas a su transformación. Muchas veces nos acostumbramos en los espacios educativos a hablar y a decir las primeras ideas que se nos ocurren; tenemos que empezar a sentirnos interpelados, cuestionados, confrontados por lo que decimos, por nuestras propias palabras.

Todo esto implica ser más rigurosos en nuestra labor de educación popular, de tal manera que sean procesos de producción de conocimientos, procesos de construcción y apropiación de habilidades y procesos de edificación y reafirmación de valores.

Se trata, en definitiva, de aportar, de forma cualitativamente superior a crear una nueva teoría y una nueva práctica de transformación social y de creación de relaciones humanas y con el mundo. Y este aporte, hacerlo desde los espacios educativos, que son teórico-prácticos, donde dialogan y se confrontan saberes y conocimientos, búsquedas y afirmaciones.

Tenemos que reconocer que las experiencias de educación popular no fueron siempre exitosas, sea por falta de vinculación con la gestación de alternativas concretas (cargadas de intelectualismo) o por falta de proyección estratégica (reducidas a experiencias inmediatas o respondiendo a demandas aisladas y puntuales). Tenemos que reconocer que bajo el nombre de "educación popular" se cobijaron (y cobijan) muchas prácticas y concepciones distintas. Que ha existido mayor difusión de las herramientas técnicas participativas, que de la concepción política y pedagógica que las sustenta. Que es aún insuficiente el número de educadores y educadoras populares en las organizaciones de base. Que el debate en el terreno de la pedagogía crítica ha sido aún muy limitado.

Pero esto no significa que pensemos, como dicen algunos, que "la educación popular fracasó" o que no tuvo mayor importancia. Nosotros reconocemos un gran aporte, un sustancial aporte, en todas aquellas prácticas sistemáticas, coherentes, metodológicamente creativas, en constante renovación de acuerdo a los retos que la práctica les iba planteando que no fueron rígidas, ortodoxas, acríticas o meramente transmisoras de discursos abstractos.

Reconocemos una contribución histórica en aquellas prácticas profundamente apegadas a las experiencias de los sectores populares, que generaron efecto multiplicador y permitieron la apropiación creadora de una manera de vincular la práctica con la teoría, que fortalecieron las dinámicas organizativas y cuestionaron el verticalismo y la pasividad. Experiencias que no pretendieron satisfacerse creando modelos "ejemplares" a escalas micro, sino que se vincularon con los principales desafíos estructurales que planteaban las tensiones de la época. Experiencias sin las cuales las condiciones de conciencia, organización y capacidad de afirmación ante los cambios del contexto serían hoy definitivamente otras en nuestra región.

Con todos los errores, limitaciones e incoherencias que las experiencias de educación popular han tenido, es innegable que en los más diversos rincones de América Latina se han constituido muchas prácticas dinámicas, consecuentes y eficaces de acompañamiento a los procesos populares, trabajando en función de comprender y transformar la propia realidad con una metodología esencialmente democrática y dialéctica y con un pedagogía crítica, dialogal, creadora y liberadora de las potencialidades de la gente, tanto para producir nuevos conocimientos, como nuevas condiciones de vida.

El presente es un momento de confrontación de viejas y nuevas concepciones. Por eso, junto con el afán de ir construyendo una nueva sociedad a partir de la identificación y la resolución de los problemas reales de los sujetos sociales, debemos enfatizar en los valores y apuestas fundamentales que no han perdido vigencia. De ahí que en la mirada de lo viejo y apuestas debamos poner particular atención a todos aquellos elementos que se constituyen en potencialidades reales a impulsar.

Se trata, en definitiva, de potenciar todos los factores de identidad popular que se gestan en la praxis de los sujetos sociales; de potenciar procesos de democratización de todos los aspectos de las relaciones sociales, que apunten hacia una nueva forma de asumir la vida, la relación con la naturaleza y con los demás seres humanos, a partir de lo que los sectores populares realmente perciben y viven.

Se puede señalar que éste es un tiempo propicio para imaginar y crear poder; para recrearlo y potenciarlo en el seno del pueblo, desde sus experiencias, sus angustias y desde sus esperanzas. Es un tiempo propicio para construir desde abajo una ideología democrática, hondamente solidaria, primero de los pobres entre sí, de los trabajadores entre sí, de las grandes mayorías sociales; tiempo de pensar y amasar nuevos consensos basados en la justicia, la libertad individual y colectiva y el derecho y deber de integración con otros pueblos centro y latinoamericanos; tiempo propicio para gestar voluntad de cambio democrático en función de una alternativa popular.

Por ello, ante los desafíos actuales, los procesos de educación popular enfrentan el reto de continuar siendo factores de dinamización para la gestación y construcción de alternativas, tanto en el terreno de la elaboración teórica y la respuesta práctica, como en el de la afirmación ética.

Los procesos de educación popular (tanto los impulsados por las ONGs, como los impulsados por las propias organizaciones populares), están llamados hoy a aportar a esta formación integral, con renovada vigencia e importancia:

- En las iniciativas de sobrevivencia, para fortalecer la autogestión
- En las instancias comunitarias y municipales para permitir la toma de decisiones colectivas y representativas
- En la formulación y ejecución de proyectos integrales de desarrollo para enriquecerlos con mayor capacidad de análisis, de propuesta y de proyección
- En la educación ciudadana amplia que permita fundamentar la defensa de los derechos económicos, sociales, civiles y políticos
- En las instancias organizativas y políticas para renovar los métodos de conducción con una formación más integral de la dirigencia y la base
- En los promotores, capacitadores y educadores de las instituciones para que cualifiquen su manera de trabajar con los sectores populares y generen un efecto multiplicador

- En la difusión de información y análisis, para que sea ágil y procesada didácticamente, con el fin de contribuir a una mejor y más profunda interpretación de la realidad y sus tendencias

Ante los nuevos desafíos, las nuevas condiciones y los nuevos espacios. Ante la persistencia de factores estructurales que requieren transformación. Ante los desafíos para construir alternativas de democratización y desarrollo desde la lógica de las mayorías, los procesos de educación popular están llamados a contribuir con mayor calidad, eficiencia y profundidad que nunca.